

EL AMOR

CIRCUNDANDO LOS DISCURSOS AMOROSOS

A pesar de todo lo que se ha escrito, lo que se ha soñado y lo que se ha esperado de ese sentimiento denominado amor, como tema sigue siendo inextinguible al igual que como ilusión, una de las ilusiones que aporta mayor energía y fuerza para vivir, para ayudar a vivir. Que constituya - de acuerdo con mi visión - *una utopía, un mito o una metáfora*, no disminuye su valor ni su necesidad, al menos para las personas con el grado de humanidad que poseemos hasta este final de siglo.

UNA UTOPIÍA

El amor es utopía y es mito, porque reside en el mundo de nuestra imaginación. Y es uno de los mitos mas potentes que hayamos podido inventar; hasta lo podemos vislumbrar, se deja observar, mirar a través de las personas que lo albergan y a las cuales hace diferentes. ¿Seremos las/os mismos con la experiencia del amor que sin ella?, por supuesto que no, aunque vale la pena anotar que no todas/os aprendemos a sintonizarlo, debido a que se anida en lo femenino (de una u otro), siendo lo femenino el marco adecuado para poderlo comprender. Así mismo y a la par de sus múltiples formas, el mito del amor está muy lejos de poderse vivir cabalmente en la realidad, en nuestra humana realidad.

PARA RECONSTRUIR

En mi último libro «Derechos Sexuales y Reproductivos. Los Mas Humanos de Todos Los Derechos», planteo el amor como un derecho, porque (1996:118) «al ser percibido como un derecho, puede ser que se clarifiquen otros de sus efectos desconocidos por haber sido reducido a encuentros y cercanías de parejas. Sin pretender definirlo, puesto que su cualidad vital lo impide, el amor hace referencia *al proceso emocional expansivo y vinculante que busca preservar lo amado enriqueciendo el mundo interior, las interrelaciones y*

MARÍA LADI LONDOÑO
ECHEVERRY

Psicóloga, Pedagoga, Directora de la Fundación Servicios integrales para la Mujer «SI-MUJER». Autora de los libros «El Problema es la Norma», «Prácticas de Libertad», «Ética de la ilegalidad», «Derechos Sexuales y Reproductivos, Los mas humanos de todos los derechos».

el entorno, sentimiento que hace la diferencia para estar en el mundo» y, termino proclamando con alegría el derecho al amor libertario y sin fronteras.

La iconografía amorosa que hemos venido creando, quizás solo sea aproximación, acercamiento al proceso de su comprensión y expresión, aunque también puede tratarse de rodeos y extravíos. Una de las mayores dificultades, es que siendo *el amor un sentir femenino*, usualmente se interpreta, describe y normatiza con visión masculina hecho que lo distorsiona y hace que, sacado de la poesía, la música y el mundo de la imaginación, no encuadre en la cotidianidad de las personas, o sólo de manera fugaz. Los descalabros derivados de estos enfoques erróneos, en muchos casos han conducido a temerlo, así que, aunque poco se mencione, se ha llegado a convertir en un acto de *audacia*, que entraña infinidad de riesgos (y posibilidades).

En general, por la discriminación de género a las mujeres se nos ha socializado y educado para el amor y/o la dependencia afectiva más que a los varones, constituyendo una doble ganancia, tanto para el amor como para nosotras pues, a la larga, se ha identificado con una dimensión de ser y de sentir femeninos. El hecho refleja gran sabiduría, tal vez responsable de que no haya desaparecido el mito y, que permanezca en cada alma femenina (de hombre o mujer), enriqueciendo nuestro imaginario y siendo fortalecido por ella.

El precio por conservar la ilusión del amor ha sido y es muy alto a nivel de las personas, en especial las mujeres, debido a lo doloroso que resultan los desencuentros y las penas por el desamor, provenientes tanto de expectativas, motivaciones e intereses diferentes como de la disfunción amorosa cuya incidencia en nuestra sociedad se

agrava por su desconocimiento y negación. No obstante, como ha sucedido por milenios, las mujeres seguimos inmersas en la ilusión del amor aprovechando la infinita capacidad que tenemos para el mismo y, los varones - ajenos a lo femenino - incapaces de comprender su profundo significado.

La infinidad de modas y estilos para vivirlo y la amplia gama de matices emocionales que se dan en el *continuo amor-desamor* como ilusión/desengaño, alegría/dolor, realización/frustración, aventura/duelo correspondientes a la capacidad de amar, no lo desestiman. Las mujeres, por excelencia formadas en lo femenino, no desistimos (hay excepciones) de la ilusión amorosa, asumiéndola con todos sus altibajos. Así, una renuncia o una pérdida afectiva suelen conectarse con la esperanza del reencuentro o la ilusión de una nueva presencia, haciendo de la circularidad la forma del sentimiento. Que sea esquiva y arisca su manifestación ¡no importa!. La fuerza y el coraje del ser femenino para sostener el mito del amor se pone de manifiesto en su eterna búsqueda y acecho, como lo expresó Alfonsina Storni,

Te ando buscando, amor que nunca llegas
Te ando buscando, amor que te mezuquinas,
Me aguzo por saber si me adivinas,
Me doblo por saber si te me entregas

Y así, la esperanza del amor deseado, soñado, imaginado, puede tener la duración de la vida. En tanto vivencia femenina, el amor no se ubica en un tiempo específico como tampoco en un espacio determinado, sino que *es* el espacio que habita la mujer enamorada, puesto que para ella *el sentimiento amoroso es global y no fragmentado* como suele darse para los varones (muchos). La mujer que ama vive con su amor en todo tiempo y lugar; en el trabajo, en el estudio, en la recreación, en la cotidianidad, está imbuida por

tal sentimiento. Es una presencia que la energiza y le permite funcionar desempeñando todos sus roles, precisamente por esa condición *envolvente* que lo femenino le otorga al sentimiento amoroso.

Al contrario de la experiencia de las mujeres (genérico), muchísimos varones de esta cultura parece que viven (¿sí lo harán?) el sentimiento amoroso en forma fragmentada; quiere decir que mientras están en el trabajo, haciendo un negocio, en un plan recreativo, etc. no sienten la presencia del amor, recobrada en el encuentro con quien lo genera. Pareciera que los intereses de la vida cotidiana son centrados, excluyentes y no coexisten con los sentimientos amorosos. En otras palabras el amor, más que un hecho vital, fundamental y necesario, puede serles accesorio, adjunto, por lo cual lo ubican en tiempos y espacios precisos, dicotomizados despojado del *cubrimiento* que posee en lo femenino.

De esta forma y como respuesta a la socialización y moldeamiento cultural, los varones (hay excepciones) van aprendiendo a cerrarse al amor. A manera de protección poco a poco van bloqueando puertas, ventanas y fisuras de cualquier tipo que permitan filtrarlo. Muchos, en una enajenación total, llegan a confundirse creyendo que un sentimiento como el amor puede morar en el fragmento corporal de sus genitales, y así, generaciones y generaciones han nacido, vivido y desaparecido ignorando el enorme potencial y riqueza que residía en la capacidad de amar, probablemente a su alcance.

Si los varones de este momento y cultura, sienten, perciben y viven diferente la dimensión amorosa, difícilmente podrán comprendernos y entender las facetas de este sentimiento que parece constituirnos a las mujeres, diferencia que altera la comunicación, las finalidades, el compromiso y mucho, mucho más. Al tiempo, las mujeres

esperamos lo que no podemos obtener y tales expectativas se convierten en fuente de sufrimiento. En consecuencia, y sin pretender simplificar la multicomplejidad del amor, tampoco son inentendibles algunos de sus sentidos.

Lo que, desde mi posición sí constituye una verdadera tragedia, es aquella de quienes *no tienen tiempo para el amor*, correspondiente entre otros a la visión fragmentada ya comentada que se origina en falta de conocimiento e interés, porque la capacidad de amar no depende del tiempo personal. Puede ocurrir que una persona haya adquirido múltiples compromisos y no tenga suficiente interés para hacer manifestaciones expresas de amor, pero, ¿para amar? Desde otro punto de vista, negar la temporalidad del sentimiento amoroso que nos conecta en un momento con alguien es un error, por lo cual, reviste la mayor importancia aceptar la naturaleza cíclica y la finitud del amor personalizado.

Cuando los sentimientos amorosos no encuentran espacio ni tiempo en la cotidianidad y la vida de algunas personas, se está ante la gravísima pérdida de una esencia del vivir, como si no tuviéramos tiempo para vivir. Así, se alteran el ritmo, los ciclos y las vibraciones vitales dando como resultado que las actuaciones de quienes se niegan al amor sean carenciales puesto que, *el amor es uno de los pulsos de la vida, de los pulsos del universo*. El efecto puede ser un mundo muy parecido al que tenemos, en el cual la tecnología, la rapidez, las armas y el desperdicio de vidas, han ocupado el lugar que le corresponde a la expresión de los sentimientos, la afectividad y todas las variantes del amor.

En consecuencia, ¿tiene importancia el amor para nosotras/os?, o es una creencia como respuesta al mito interiorizado. ¿Qué lugar ocupa en

nuestras vidas¿; ¿cuáles son sus espacios¿, ¿qué tiempo expreso le dedicamos¿. En otras palabras, aceptamos el mito y vivimos con él porque le da un sentido especial y profundo al existir, o lo vemos simplemente como un cuento importante para mucha gente, pero no para nosotras/os. Cuando la capacidad de amar con su estructura femenina es asumida por mujeres y hombres, o sólo por mujeres y por muy pocos hombres, o por pocas mujeres y excepcionalmente por algunos hombres, se gesta el correspondiente estilo de sociedad.

Huir del amor o esquivarlo es un desperdicio injustificable, una pérdida de posibilidades vitales, no importa que sea una metáfora, un mito o una utopía. Su identidad es lo de menos. Lo de más es asumirlo para el vivir. Identificar, proteger y enriquecer nuestra capacidad de amar, y amar; amar con reciprocidad o sin ella; permitiendo, como hacemos muchas mujeres, que *emerja la esperanza del amor entre una y otra decepción*; entre el amor correspondido o un desamor, porque la infinidad de matices de la vida sólo los descubre el amor, y así será en tanto no encontremos otro mito de mayor poder y pervivencia.

El amor proviene del amor y no de la persona específica por quien despertamos emociones y sentimientos en un momento de la vida, aunque no reconozcamos la confusión. La historia es frecuente en el sentido de enamorarnos de una persona, de otra, quizás de muchas mas que vamos incrustando en el recuerdo o borrando del mismo. Surgen, se agigantan y desaparecen, pero la capacidad de amar pervive siempre y cuando no suframos de esa terrible disfunción o daño en la capacidad de amar, tan corriente en nuestro mundo.

RESPECTO A LA FINALIDAD

Aquí cabe una pregunta importante como es si ¿el amor tiene finalidad¿, o precisamente, ¿son

las finalidades con que lo encasillamos las que más contribuyen a deteriorarlo¿. Referido el concepto de finalidad a los estilos de pareja corrientes en nuestra sociedad, tengo que expresar que se lo confunde con diversos sentimientos, deseos e intereses a su vez responsables de crisis y dolencias atribuidas equivocadamente al amor. *Hacer del amor el motivo para formar pareja, por demás monogámica de por vida, es atentar contra la característica libertaria que constituye el sentimiento amoroso.*

El amor se confunde con la libertad, siendo lo mas libertario que podamos pensar, cualidad que choca con las normativas que pretenden encauzarlo. Como el amor es vida y libertad, una de sus manifestaciones es la fluidez, en la cotidianidad contrarrestada por los esfuerzos de las personas que aman para que este sentimiento se congele, permanezca inmodificable, estático, que no vaya a cambiar. Deseos irreales y de una tremenda ceguera, convertidos en causa común de sufrimiento, pues se trata de *pedirle a un hecho de la vida que es ebullición y cambio constante*, atributos como absoluta quietud, inmovilidad e invariabilidad propios de la muerte.

La esencia libertaria del amor explica que no obedezca a ningún mandato, deber, deseo, obligación o sensatez; de allí que asumirlo como base para la pareja, por demás con expectativas de permanencia en el tiempo, es señal de lo poco que nos hemos acercado a la comprensión del amor. Así que, no es que una u otro fallen, sean culpables, engañen, se hayan mostrado diferentes (aunque también sucede), sino que el amor no se deja encajonar, no responde a lo que deseamos de él, y parece tener una estructura que no hemos alcanzado ni a intuir. La variabilidad del sentimiento amoroso corresponde a una dinámica vital que le es propia y nuestro error es esperar que sea inmutable.

Aunque es posible que podamos construir relaciones basadas y sostenidas por el amor, requieren interés común, comunicación explícita, ausencia de propiedad, mutua comprensión sobre la naturaleza del mismo y preparación para vivir de manera abierta como pareja. Mientras continuemos dándole pervivencia a los hábitos y costumbres actuales sobre el amor y la formación de pareja, continuará como una presencia fugaz, momentánea, elusiva. Como un tema para hacer poesía, películas y canciones, además de constituir una de las mejores metáforas que alimenta el mundo de nuestra imaginación y, a la vez, un pobre y frágil «pegamento» para uniones según el estereotipo.

Atribuirle al amor finalidades que no le son propias porque su misma esencia las rechaza, genera expectativas tan falsas que no pueden sostenerse pasado un tiempo, a pesar de la fuerza de las costumbres y del rígido mandato social y cultural. Así mismo, creer que la persona que amamos responde a la imagen que tenemos de ella y, asumir que por eso la amamos y la amaremos siempre, constituye un autoengaño del cual nos damos cuenta cuando se diluye y desaparece el sentimiento amoroso. Cuando ya no la/lo amamos, nos decimos ¿cómo pude estar enamorada de esa persona?, ¿por que no le vi tal o cual faceta?, ¿por qué me enredé así?; o mas grave aún si nos preguntamos ¿cómo pudo engañarme, si es tan diferente a como yo pensé?, etc...

El amor es amor, y su finalidad tal vez sea la alegría de sentirlo; la conciencia de merecer esa gracia, el privilegio de ese regalo de la vida, de haber podido vislumbrar la increíble realidad que habita en los sentimientos, porque en el amor, residen muchas de las respuestas y misterios de la vida humana, aún ocultos por la forma caricaturesca como lo vivimos, pensamos y aprehendemos. Esta deducción fácilmente se desprende de reconocer

el amor como fuente de inspiración, de creatividad y por supuesto de alegría así sea momentánea. Es una fuente de tanta energía que nos hace ver y sentir la vida diferente, esperanzadora. Nos da confianza y seguridad, por tanto, *tal vez el amor sea la mejor expresión del deseo de vivir.*

Mirándolo desde esta orilla, podríamos dejar de hablar de «fracasos» en el amor cuando nos referimos a la imposibilidad de establecer o continuar con una pareja. No es el amor lo que se fractura, rompe o fracasa, sino que, el estilo, los hábitos, las expectativas y las costumbres para vivirlo lo matan; son barreras que impiden anidar el sentimiento amoroso en la relación de pareja. En últimas, quizá el valor del sentimiento sea experimentarlo y su vivencia, por ser un mito, quede en el mundo de la imaginación. Como lo soñamos no se materializa en la realidad cotidiana.

Quiere decir lo anterior, que las expectativas creadas en torno al amor están contaminadas y *enferman nuestros proyectos vinculantes*. En este sentido, el amor como criterio para institucionalizar y normatizar relaciones de pareja no vale o, puede ser que lo que no valga sea el sistema de la institucionalización. Pero, allí se encuentra uno de los equívocos que no reconocemos, ni aceptamos, a pesar de que no encontremos respuesta a la pregunta sobre el destino de ese sentimiento que poco antes nos hacía volar y que se fue transformando en enemistad y rabia. Posiblemente sin darnos cuenta, correspondía no tanto a la otra persona como al mismo amor; porque, tal vez nos enamoramos más del amor que de, la/el sujeto del mismo.

Las personas de esta sociedad, en especial las mujeres, muchas mujeres, sabemos más de los desengaños y dolencias del amor que de sus

realizaciones y alegrías, a pesar de lo cual, todavía no hemos encontrado las estrategias y recursos, las medicinas adecuadas, para evitar despalmarnos, derrumbarnos, caer en pozos profundos de desesperanza cuando volvemos a constatar que era sólo cuento el fascinante amor en que creíamos. Porque el amor, así como nos hace volar, igualmente nos fragiliza.

En esta línea de pensamiento, cuando amamos a un hombre por ej., nuestro sentir femenino se desarrolla en una realidad diferente, en una dimensión muy propia y ajena del mundo masculino, a no ser que ese hombre en particular, haya reconstruido su identidad incluyendo la dimensión femenina. Cuando ocurre que nuestra percepción más sutil y nuestra profunda sensibilidad afectiva son percibidas como sensiblería, el desengaño es grande y la certeza de las diferencias irreconciliable. De esta forma, el aprendizaje tradicional que hemos tenido sobre el amor, resulta un fracaso total.

Lo que sorprende es que continuemos con las mismas expectativas, que sigamos esperando lo mismo del amor, a pesar de comprobar en la realidad social y humana que no corresponde a su naturaleza. No nos sirven las experiencias, las vivencias, los testimonios, lo que vemos, palpamos y verificamos. ¡No!. Torpe y tercamente continuamos ensoñando y forzando el mundo de la imaginación para que lo que sentimos en un momento dado, se ajuste a nuestras expectativas del amor. Cambiamos la/el sujeto de nuestro amor, pero sostenemos el mismo patrón de referencia.

No quiere decir que el amor sea un fraude (tampoco lo niego), sino que lo distorsionamos mal interpretando su sentido y minimizando su comprensión. Lo hemos construido a nuestra imagen y semejanza cortándole las alas que podrían ayudar a trascendernos. Por supuesto que

el amor correspondido, no invasivo, no posesivo, con aceptación y respeto mutuos, es parte del mito que pudiera darse bajo condiciones muy especiales, entre ellas los espacios emocionales y topológicos propios. Si ocurre, es una gracia, un regalo, una bendición, un don, una expresión de divinidad que, además sirve para darle vigencia a esta utopía que no puede desaparecer porque, repito con Benedetti:

¿Cómo voy a creer / dijo el fulano
que el mundo se quedó sin utopías

cómo voy a creer
que la esperanza es un olvido
o que el placer una tristeza

cómo voy a creer / dijo el fulano
que el universo es una ruina
aunque lo sea
o que la muerte es el silencio
aunque lo sea?

Tomando como referencia los cuestionamientos del poeta, ¿cómo vamos a creer que pueda seguir la vida, la esperanza de la vida, las ganas de la vida, si desaparece el mito del amor? Inclusive, considerando el rumbo destructor que ha tomado la humanidad *es esencial, no sólo preservar la utopía del amor, sino crear infinidad de utopías relacionadas con esta dimensión afectiva*. Son necesarias muchas y muchas variaciones sobre el mismo tema, a fin de que pueda calar hondo en la historia y la vida de las personas; así mismo, que nos inspiren para hacer del amor la más hermosa utopía social que podamos imaginar.

Si desconociéramos el mito del amor sería mucho más difícil contrarrestar el desgano y el cansancio de vivir, por el alivio que causan las ilusiones afectivas. Una propuesta es renunciar a las expectativas impuestas por la cultura respecto al

amor en pareja, y otra muy diferente olvidarnos de amar. Por el contrario, necesitamos promover aprendizajes del amor a fin de reconocer cada vez más, como parte del proceso, que las esperanzas derrumbadas pueden ser reconstruidas. Además el amor, como fuerza vital, es esencial para la humanización de la vida y debe atenderse en, con o fuera de la pareja.

REDIMENSIONANDO EL AMOR (tanto por los equívocos, como por el cambio de siglo)

Reconstruir los sentidos del amor y trascender las fronteras para vivirlo, son avances necesarios en la vía de su comprensión debido a que la forma de mirarlo y las expectativas inducidas por la cultura, como lo he venido planteando, no han ayudado y mas bien, nos han extraviado de su curso. Igualmente, los símbolos del amor y sus rituales mas corrientes, carecen de la fuerza necesaria para fortalecerlo e instaurarlo como centro de interés ciudadano y particular, reconociendo su impacto mas allá de las parejas.

El estudio del amor reviste tanta importancia como otras de las materias obligadas en los curriculums oficiales, puesto que, tal vez por los senderos del amor, encontremos la vía que nos conduce al centro de nuestro propio ser. Y, a partir de allí, podamos elucidar nuevos sentidos de este ser. Igualmente, porque el amor hace que la vida se llene de vida, que se desparrame en los espacios que ocupamos, alegrando el vivir y contrarrestando el cansancio de seguir existiendo.

De igual forma, es necesario ampliar la comprensión del amor para descubrir los efectos que tiene en la salud, la política, la ética, la creatividad, el trabajo, etc., que no se conceptúan, exploran, ni validan, debido en parte a que se ha considerado despectivamente como «un asunto de

mujeres», de su privacidad. Los nuevos paradigmas, los avances y el milenio que se inicia afectan el acontecer humano, sin dejar de lado los mitos y las utopías más representativos como el amor, por lo cual, y por todo lo que sabemos, puede ser hora pasada de replantearnos nuestra vida amorosa, ¿ para el amor?

En esta dirección, es necesario recordar que el amor es mágico, hace que broten sensaciones inesperadas, fuerzas desconocidas, intereses abandonados así como reacciones impensadas, o sea, provoca una transmutación difícil de lograr por otros caminos. Puedo manifestar que pocas alquimias generan transformaciones personales tan evidentes y rápidas. Aunque directamente no lo veamos, no lo toquemos ni podamos olerlo, sus efectos van señalando su presencia y curso, aún con la primitiva forma que tenemos para abordarlo. Por supuesto que se requiere sensibilidad especial para dejarnos afectar por dicha taumaturgia.

Creo y seguiré creyendo en el mito del amor porque nos ayuda a evitar la desesperanza de sentir que «todos los colores están apagados y el pulso de la vida debilitado», para usar una amarga expresión del diario de Virginia Woolf (1993:300). Que no logre hacerse realidad en el mundo de la cotidianidad, o sólo excepcionalmente a nivel de pareja, puede indicar la necesidad de irnos cambiando, de transformar nuestras expectativas y trabajar al tiempo por fortalecer el crecimiento y la reestructuración de la masculinidad, si nos sigue interesando amar a los hombres.

¡Es tan esperanzador el mito del amor!. Además, es el mejor diluyente del tiempo; como no tiene tiempo, su presencia hace que presente y futuro se vuelvan uno y afecten el pasado, en el sentido de quitarle o adjudicarle trascendencia, es decir, revaluándolo desde la mirada enamorada. Si pudiéramos aceptar y vivir el amor con otros

estilos, creando formas nuevas y adecuadas a la magia que lo distingue, tal vez su atemporalidad también tiñera otras instancias de nuestras vidas, obligándonos a vivir lo que tenemos: el momento.

El amor por ser invasivo vive no en un órgano específico, sino en una de las dimensiones más energéticas que tenemos como es la imaginación. De ésta se alimenta, se enriquece, se perfecciona, se pierde, se exilia, se achica y agiganta, es decir, vive o muere, de tal manera que las experiencias amorosas están íntimamente relacionadas con nuestra fantasía. Y sólo explorando el mundo de la imaginación ampliaremos o reconstruiremos la nueva conciencia del amor, aceptando que en esta dimensión se encuentran las fuerzas, tanto amigas, como enemigas de los procesos internos de crecimiento.

Reconocer que el amor se enmarca en lo femenino y que, la sumisión y obediencia en que se formaba a las mujeres son frenos que se pueden soltar ya que su naturaleza es psicológica (independiente de las sanciones sociales), un paso absolutamente necesario para iniciar la aventura de reeducar la función amorosa, es la desobediencia. Si las mujeres no aprendemos a desobedecer y a tomar el riesgo de amar como nos plazca, difícilmente se darán cambios favorables en nuestras vidas porque el amor que acunamos, corresponde a un mundo diferente a un orden distinto. Si no acabamos por romper las viejas pautas, esta utopía del amor será cada vez menos realizable.

No podemos continuar sosteniendo y transmitiendo el engaño de que la sumisión, la posesión, la dominación y las renunciaciones son actos de amor!. Hay concesiones que se pueden hacer sin que afecten nuestra estructura interna y otras que, por ningún motivo podemos aceptar puesto que nos subyugan. Dejar de ser nosotras mismas, forzándonos a actuar y vivir como desea

la/el sujeto de nuestro amor, no es expresión de amor sino de alienación. Quien espera cambiarnos, quien trata o exige (sutil o directamente) que seamos diferentes, tampoco nos quiere y disfraza con este rótulo otras motivaciones.

Forzarnos como norma a ir donde no queremos por acompañar a quien amamos, serle incondicional, u ocultarle hechos y comportamientos graves tampoco es amor sino temor, inseguridad, confusión, dependencia y quien sabe que tantos más motivos diferentes al hecho amoroso; el disfraz y el autoengaño no lo transforman. Un acto de amor (desde el mito) es la plena aceptación de la otra persona, tal como es o como cree ser, con sus atributos y carencias, su apariencia, edad, historia, sueños y frustraciones, su impronta vital puesto que es única e irrepetible.

El vínculo amoroso de la pareja afectiva se nutre además de la plena aceptación, que dados los seres que hemos llegado a ser dudo mucho pueda ser realidad, con expresiones de apoyo, estímulos al crecimiento y realización personal, soporte para ser y, compañía cercana para manejar tanto la incertidumbre existencial como el temor al misterio de la muerte que a veces nos asalta. Así mismo con sincronía de ritmos amorosos y coincidencia de deseos. Con respuesta a tantas necesidades emocionales, ¿cómo no aferrarnos al mito del amor?, con pareja o sin ella.

El contexto también juega un papel decisivo; si aprendemos a ser libres, en tanto en cuanto es posible, estaremos mas preparadas/os para sentir, recibir y responder al amor. Libertad en este caso referida a ser, decidir, sentirnos bien con nosotros/as mismas y querernos, aceptando el goce de la soledad así como el de la compañía y presencia de quien amamos. El amor no exorciza la soledad y, la incapacidad para asumirla genera ansiedad que presiona para buscar cualquier compañía, así

tengamos que autoengañarnos adornándola con las características apropiadas. Por tanto, hasta que no nos reconciliemos serenamente con la soledad, no seremos libres para albergar el sentimiento amoroso sin disfraces. En síntesis, la autonomía viene a ser un factor clave para recrearnos con la magia del amor si se presenta, porque solo así llegará como es: libre.

También cuenta si decidimos amar sólo a quien nos ama, o con igual intensidad, o si amamos por el hecho de amar aunque no nos correspondan. En otras palabras, si podemos aceptar el desamor, quiere decir la no coincidencia de esta ligazón emocional; igualmente si podemos prepararnos para aceptar los ritmos, las etapas, las transiciones y los ciclos del hecho amoroso. Es bueno recordar que el continuo afectivo va del amor al desamor y que, la incapacidad de amar es un fenómeno diferente.

Como en todo proceso evolutivo, en el amor también existen distintos grados pues se dan formas elementales y simples con otras más elaboradas y complejas, mas «terrenales» o trascendentes, ordinarias o estéticas, sin que necesariamente tengan correspondencia con el nivel cultural y social de las personas porque cuenta el interés específico por el desarrollo amoroso. No obstante, la complejidad de las personas, de su estructura de pensamiento y sobre todo de su sensibilidad, hacen diferencia. El refinamiento filosófico puede o no obedecer al refinamiento sentimental pero, la ética y la estética si constituyen sello ineluctable; es decir, es un indicador esencial del desarrollo emocional.

En este sentido, la conciencia que tengamos acerca del amor, del sentido de vida, de la libertad, conforman el prisma para mirar y juzgar comportamientos y experiencias. Si nos permitimos procesos de expansión emocional incluyendo rupturas de creencias y costumbres

arraigadas, tal vez la noción de «infidelidad» llegue a carecer de sentido. No obstante, si las relaciones no son abiertas pero el compromiso es comunicación leal, no cumplirlo lesiona emocionalmente. El engaño amoroso y la burla, que tanto daño ocasionan en la sensibilidad de las personas, no deben disfrazarse como defensa de la necesidad afectiva, porque nada tienen que ver con el amor que busca proteger lo amado, nunca dañarlo y destruirlo, así que, como dijo Alfonsina (Storni),

Si el amor es odio, y vergüenza, y despecho,
a riesgo de morirte, la arrancarás del pecho

La dificultad de renunciar a una ilusión amorosa que nos hace daño puede ser enorme, mas, siempre será posible; en especial si aprendemos a trabajar con la imaginación, buscando podar cualidades que sin poseer le atribuimos a la/el sujeto de nuestro amor, dejando de justificar comportamientos que nos lesionan y de interpretar a nuestro favor fallas atribuibles a su forma de ser o a su desamor. Así mismo, tomar conciencia y poder ver con claridad el papel que desempeñamos en la relación. Un gran número de mujeres hemos vivido la experiencia de esos absurdos amores que aún desahuciados se niegan a desaparecer o a dejar de crecer porque tal vez, sin darnos cuenta, nos invade el temor al vacío interior que dejan dichas renuncias aún siendo curativas. No es inusual temerle a remedios o intervenciones médicas que nos aliviarán.

Ya no somos los/as mismas, ni tenemos la misma sociedad, ni todas las tradiciones respecto a las costumbres amorosas son sanas, por lo cual son inevitables los cambios. Dentro de los cambios que queremos se encuentra fortalecer el aprendizaje amoroso, promoverlo, motivarlo, divulgarlo como meta cultural, educacional familiar y social. Modelar relaciones y cercanías amorosas, hablar, investigar, estudiar y darle espacio al tema, es decir, combatir este mundo

desafectivizado en el cual el amor es una caricatura reducida a la pareja, que nos asusta y hace daño. Y si se trata de aprender a amarnos de verdad (en el grado que sea), atendiendo la esencia libertaria del amor un requisito es la confianza básica y el compartir, debido a que el sentimiento amoroso es frágil, se empaña y se rompe con una facilidad impresionante.

Los apegos elementales, fortalecidos por los mensajes tradicionales sobre el amor, pueden destruir la calidad o la vida de una persona que entreteje su identidad con otro ser a quien siente amar. Es tan familiar y lo hemos asimilado tanto, que no alcanzamos a darnos cuenta de la insania que representa. En casos así, no es que se ame mucho sino que se llenan, con lo que se interpreta como amor, inmensos vacíos, carencias y debilidades. Morir de amor (novelesco), puede ser el epílogo ilustrativo del presente párrafo. Diferente dejarse morir por la tristeza originada en hechos existenciales impactantes.

Siento necesario reiterar que no debemos seguir aprisionadas por las creencias y postulados tradicionales y populares sobre el amor puesto que nos han desviado de avanzar en su conocimiento y, mas bien, parecen una especie de conspiración por destruir el amor, tarea en la cual, afortunadamente son inútiles todos los esfuerzos. Para trascender el amor como metáfora y como mito, lo repito, tenemos que destruir, volver añicos lo que nos han contado y hemos esperado y, cambiando de perspectiva, adentrarnos en su búsqueda por caminos y vericuetos totalmente diferentes.

SENTIRES Y DECIRES FEMENINOS CORRIENTES

En esta época de cambios tan acelerados, en que nuevas tecnologías irrumpen continuamente y

su mas rápida obsolescencia llega cuando aún no habíamos alcanzado a asimilarlas, abrumándonos con fuerza, las mujeres (genérico) continuamos cambiando pero no al ritmo enloquecedor de la tecnología, aunque, posiblemente en mas alto grado que los varones (genérico) desde el punto de vista del desarrollo humano. Como el mundo emocional y de la imaginación, de los afectos y del amor, nos es tan familiar y cercano, en él hemos hecho modificaciones evidentes traducidas en nuevas costumbres y hábitos, que logramos confrontar con los anteriores, mas arraigados en la población masculina (hay excepciones).

En mi experiencia actual y de muchos años trabajando con talleres y grupos de mujeres, explorando temáticas que revisten todo nuestro interés, como la pareja, la familia, el amor, los derechos sexuales y reproductivos, entre otros, ha sido frecuente comprobar lo comunes que resultan muchas de nuestras historias amorosas, referidas a parejas heterosexuales, así como el tipo de quejas y malestares que, nos llevan a interrogarnos sobre la aparente imposibilidad de encontrar hombres adecuados para poder convivir y cohabitar armónicamente; mediando un mas rápido enriquecimiento interior de las mujeres (genérico).

Este hecho de las mujeres cambiando y transformándonos a un ritmo continuo, por contraste con los hombres, es origen de desencuentros, incomunicación y lejanías. Entre las formas de registrarlos está la aseveración femenina ya corriente, sobre la poca existencia de hombres interesantes que, aunque suene a herejía, se ha convertido en una queja constante; desafortunadamente parece que poco entendida porque la cultura no promueve el desarrollo interior de los varones, como una meta necesaria. No obstante el costo de los desencuentros, para un alto porcentaje de mujeres, ha valido la pena atrevernos a volar.

Otras expresiones frecuentes son el rechazo al machismo y al ejercicio del poder y fuerza, sobre los cuales no sólo se dan quejas verbales, sino que se afrontan en forma directa, arriesgando la aparente calma sustentada anteriormente por el silencio femenino. Por ejemplo, cada vez se escucha más mencionar el machismo como razón para separación del esposo, compañero o novio porque, vamos llegando al fin de la era en que las mujeres, para obtener amor, debían aguantar, tolerar, reprimirse y resignarse.

Las mujeres heterosexuales, de diversas edades y condiciones a quienes me refiero por mi trabajo, manifiestan sus deseos de encontrar compañeros sensibles, afectuosos, detallistas, tiernos y, por supuesto que sepan amar. Quiere decir, que posean esas características que la cultura identifica como femeninas. Una de las carencias más notorias, reportada con insistencia, es la dificultad o incapacidad de muchos varones para acariciar, abrazar, besar, decir palabras cariñosas fuera de un contexto coital, a pesar de que sean sustentadoras del amor y de la alegría.

Desentrañar y clarificar los mandatos culturales, abre posibilidades sorprendentes inclusive de incredulidad, al darse cuenta y aceptar algunas mujeres que pueden amar al tiempo a más de una persona. El solo concepto por si mismo, desculpabiliza y da explicación a muchas confusiones. A pesar de estos avances, algunas de las mujeres que han asistido a mis talleres, han expresado en los mismos su intolerancia por las relaciones colaterales de los compañeros o esposos, pero las explican y justifican en ellas mismas, lo cual se va dando dentro de los procesos del amor que son lo mas importante.

Lo mas fascinante de todo, es que las mujeres nos estamos permitiendo aprender de nosotras mismas, validando nuestra capacidad en terrenos

que nos han sido propios como el manejo y expresión de los sentimientos, en los cuales somos fabulosos laboratorios de investigación, porque, muchas nos arriesgamos a vivir lo que por décadas nos negaron y negamos. No es ya la fuerza (social, familiar, etc.) la que nos «amarras» (también sucede), sino el amor. A pesar de reconocernos un papel diferente en la relación amorosa, seguimos fragilizadas frente a la misma.

La ignorancia acerca del amor, o el analfabetismo amoroso, nos lleva corrientemente a una interpretación equivocada del mismo, percibiéndolo como obstáculo o panacea, cuando el amor no origina ni resuelve todos los problemas personales, ni de la vida. Ciertamente, corresponde más a nuestra ignorancia que al potencial del mismo sentimiento, porque definitivamente, la forma tradicional de amar ya no nos sirve. Ya no da respuesta a las necesidades actuales de esos seres que ahora somos.

Sin que sea expresado con esas palabras, lo que muchas decimos, oímos e interpretamos de nuestras propias historias que se repiten insistentemente, desemboca en la necesidad de reconstruir el mito del amor hurtándolo de los esquemas tradicionales, en este sentido poco evolucionados y primitivos. Puede ser que nos haya faltado creatividad e imaginación para hacerlo, como también conceptualizaciones claras que dieran estímulo y promovieran la tarea. Igualmente, es posible que la privación de una clave importante como son los rituales enriquecedores y apropiados haya afectado la fantasía y continúe haciéndolo, por tanto, también deberíamos interesarnos por reinventar múltiples rituales del amor, que lo enriquezcan incluyendo elementos para ese interminable monólogo que se inicia en nuestro interior en torno a un amor recién nacido, a una posibilidad promesera.

PARA EL CAMBIO DE SIGLO

Si aceptamos que los hábitos adquiridos acerca del amor son causa de la deformación de nuestro sentimiento, así como de muchos de los males que simplistamente le atribuimos, se puede deducir con seriedad, que es una tarea inaplazable promover procesos de deconstrucción amorosa, buscando estilos y actos creativos con significado y sentido mas profundos como debe corresponder a esta intensa fuerza emocional, causante de infinidad de turbulencias afectivas.

No podemos seguir desestimando el poder del amor en los procesos de desarrollo personal y social, como tampoco frenar su evolución psicosocial, en verdad, en este ni en ninguna otra dimensión. Especialmente porque el amor tiene un potencial de energía permanente que no se agota, ni se gasta en una experiencia particular, sino que está latente todo el tiempo, con su infinitud. El último planteamiento de que el amor no tiene límites es de difícil comprensión, mas aún de poderlo asimilar, pues las visiones de atemporalidad y espacio ilimitado nos son muy complicadas.

El lenguaje masculino y en general el esquema patriarcal resultan inadecuados para interpretar el amor; por tanto, solo la expansión de lo femenino (valores, conceptos, sentimientos, emociones, etc.) irá creando el contexto adecuado para su adopción. Como mujeres que milenariamente hemos venido gestando, acunando y protegiendo sentimientos como el amor, es nuestro deber continuar en la tarea de preservar tal utopía. Es necesaria para la vida humana en el estadio evolutivo en que nos encontramos y, posiblemente también para evitar la catástrofe y destrucción originadas en el desamor.

Algunas pistas pueden servirnos para ampliar la comprensión de muchos males de amor que, en

últimas son autoinfligidos, provienen de las historias que locamente elabora la imaginación, alimentada por la necesidad afectiva. Tal vez no debemos esperar que el amor nos ate, sino que se manifieste, lo vivamos, nos de la alegría y plenitud posibles, sin la sujeción de los lazos que con nuestra conciencia o sin ella, se van convirtiendo en cadenas insoportables. Parejas, familias y grupos entrelazados por afectos en un deseo y posibilidad, mediando una gran dosis de inteligencia emocional aplicada a lo que esperamos.

El amor, la capacidad de sentir, de recibir y de brindar amor, podría constituir una excelente y veraz medida de nosotras/os mismos si nos permitiéramos confrontarnos con ella. No solo ayudaría a elaborar nuestro perfil sino también a esbozar otros misterios ya que es una vertiente donde todavía no se han buscado significados del vivir; entre otros, debido a la falta de preparación para sentirlo, a nuestra debilidad para percibirlo y a lo reducido de nuestra conciencia sobre el amor como experiencia real, de modo que sigue enrollado, cerrado. Empecemos por desplegarlo elaborando visualizaciones sobre una sociedad enmarcada por el amor, hagamos el ejercicio... ¿cómo sería?

La esfera social tiene un impacto decisivo en los referentes amorosos, por lo cual, debemos entender las prácticas y vivencias del amor dentro de un contexto social más amplio, que trascienda lo personal. No podemos desarticularlo de aquel. Una interesante pregunta es si individual y socialmente hemos evolucionado para el amor, respuesta que podría tejerse teniendo en cuenta la historia conocida de la especie, decidiendo previamente qué prácticas privilegiar para saberlo. Con esta respuesta y las visualizaciones sugeridas iríamos dinamizando los aportes.

A la metáfora del amor le hemos dado infinidad de representaciones y contenidos ante la

necesidad de explicarlo de alguna manera, debido a nuestra aparente incapacidad, o ausencia de la suficiente fuerza creativa para percibir su verdadera forma y los sentidos que le son propios. Pero, así sucede con los logros del conocimiento, que de noción en noción, de tumbo en tumbo van haciendo claridad y acercándose a la verdad.

Al ir escribiendo este artículo he pensado que puede ser una verdadera proeza envejecer y conservar la fé en el amor, como me ocurre a mí. Así mismo, creo que lo interminable de su búsqueda tiene mucho sentido, puesto que se convierte en la única forma de conservar su ilusión; esa increíble ilusión del amor que sobrevive a la desilusión por las/os sujetos del mismo y seguirá así mientras el desarrollo humano no alcance niveles apropiados que faciliten su cabal revelación.

Bibliografía

- Alfonsina Storni. Poesía. Editores Mexicanos Unidos, s.a., 1992. México
- Mario Benedetti. Inventario Dos. Seix Barral; Planeta Colombiana Editorial, 1995, Colombia
- María Ladi Londoño E. «Derechos Sexuales y Reproductivos. Los masHumanos de Todos los Derechos» Editorial Feriva, 1996, Cali, Colombia.
- Virginia Wolff. Diarios. Ediciones Siruela s.a. 1993, Madrid